

Juan José Alcón
Diario de la expedición
del Mariscal de Campo
Don Juan Ramírez,
sobre las provincias interiores de
La Paz, Puno, Arequipa y Cuzco

EXCELENTISIMO SEÑOR

El coronel de ejército don Francisco Noriega, ante V. E. con el más atento respeto, digo: Que el teniente coronel don Juan José Alcon, agregado en la clase de ingenieros al ejército pacificador del mando del señor mariscal de campo don Juan Ramírez, dirigió hace tiempo el diario que había llevado de aquella expedición, para que corregido de algunos ligeros defectos, inevitables entre los cuidados y angustias del tiempo en que se escribió, se diese a la prensa: en cuyo concepto lo presento a V. E. con la solemnidad necesaria, para que se sirva dispensar su superior permiso.

Por tanto a V. E. pido y suplico se digne conceder la licencia respectiva para la impresión que se solicita, como parece de justicia, etcétera.— Francisco Noriega.

Lima noviembre 27 de 1815.

Concédese al suplicante la licencia que solicita para la impresión del diario de la expedición del mariscal de campo don Juan Ramírez. Una rúbrica de S. E.— Acébal.

*Diario/ de la expedición/ del Mariscal de Campo D. Juan Ramírez/
sobre las provincias interiores/ de La Paz, Puno, Arequipa y Cuzco./
Por don Juan José Alcón, Teniente Coronel agregado a la misma
expedición.*

Entre los sucesos más notables y de más decisiva influencia en el orden público, que en el espacio de seis años nos presenta la historia de la revolución de esta América, ocupa a todas luces un lugar distinguido la feliz campaña del general Ramírez sobre las provincias interiores de La Paz, Puno, Arequipa y Cuzco.

Levantada ésta abiertamente en 3 de agosto de 1814; incorporada en el instante Puno; invadida, saqueada y destrozada La Paz; sorprendida Arequipa; rebelada Huamanga; en conmoción Huancavelica; difundido por todas partes el espíritu de sedición; amenazada y exhausta Lima; poco quedaba ya que perder, y parecía que abandonado a sí mismo el desventurado Perú, iba ciego a precipitarse en la tenebrosa y desoladora anarquía, que, arrebatados de un loco furor, le prepararan sus mismos alucinados hijos.

A tan negro aspecto huían muchos, enmudecían los más, y recelaban todos; desapareciera sensiblemente aquella noble tensión y elasticidad que nos sustentara; y cayendo los ánimos por grados en un apático abatimiento, no abrigaban nuestros corazones, sino ideas tristes y melancólicas.

Sólo nuestro digno virrey, en medio de tan deshecha tormenta, conservaba en su vigor toda la entereza y energía de su grande alma; e inmóvil como una roca que tiene sus profundas raíces clavadas en las entrañas de la tierra, miraba con serenidad este violento huracán, y con su imperturbable presencia confortaba a unos, e imponía a otros.

Era en verdad nuestra situación muy crítica, y la más apurada en que hasta entonces nos habíamos visto.

Teníamos, es cierto, todavía un ejército que, aunque pequeño en número, se había hecho respetable por su valor y disciplina; compuesto de fieles veteranos; habituado en cinco años de campaña a las duras fatigas de la guerra; mil veces coronado de laureles; y mandado por un excelente y acreditado general, podía inspirarnos algunas esperanzas; pero este mismo ejército casi en su totalidad, se componía de naturales de las mismas provincias que se hallaban ya en sublevación.

Todo está dicho; en tan estrecho lance cualquiera confianza era arriesgada, cualquier recelo fundado; toda medida expuesta, y la más delicada previsión, el genio más militar y fecundo casi inútiles e infructuosos.

La pérdida de nuestra pequeña escuadra de Montevideo en 16 de mayo anterior, y la inmediata rendición de aquella fuerte plaza en 23 de junio siguiente, daban aún más peso a estas difíciles circunstancias, y aumentaban el conflicto.

El ardor de nuestro ejército no podía menos resentirse de un golpe tan fatal; al paso que era natural que los enemigos, expeditos ya en la Banda Oriental del Río de la Plata, y sin más atención que el Perú, convirtiesen hacia él todas sus fuerzas, y aprovecharan la bella oportunidad que les presentaba la conmoción casi general de nuestras provincias.

Así iban las cosas en fines del mismo agosto, y nuestro ejército se hallaba situado en Suipacha, cuando se hizo pública en él la sublevación del Cuzco, y sus rápidos progresos.

Formó a su sombra el ingrato coronel Saturnino Castro el atrevido proyecto de amotinarse y disolverle; pero pagó luego con su cabeza tan enorme atentado, y la tropa y oficiales eternizaron su honor, dando en ocasión tan delicada el más noble y positivo testimonio de su fidelidad (1). Rasgo singular y admirable, que excedió casi nuestras esperanzas, y suspendió a nuestros enemigos.

Adelantaban entre tanto los de Buenos Aires su vanguardia contra nuestro frente, y los nuevos insurgentes por la espalda, con la espada en una mano, y la tea encendida en otra, abrasaban y destruían cuanto se les ponía por delante.

1. El coronel Saturnino Castro era natural de Salta, e intentó sublevar el regimiento del Cuzco para plegarse a la revolución. Reducido a prisión fue condenado a muerte, ejecutándose la sentencia en Moraya en el mes de octubre de 1814.

Se hacía pues cada día más urgente en nuestro cuartel general de Suipacha decidirse y tomar un partido, o evacuar las provincias recobradas a costa de mucha sangre y sacrificios; y retirándose en masa con sus guarniciones a las márgenes del Desaguadero, conservar la comunicación con la capital, y contener la insurrección, esperando algo del tiempo; o tomar una posición ventajosa, que cubriendo aquellas provincias, y siendo capaz de sostenerse con menos fuerzas, nos dejase en estado de disponer algunas, para atender a las interiores.

Parecía más prudente el primero; era sin duda más generoso, aunque arriesgado el segundo; decidiose por éste el general en jefe, oyendo a los demás, y quedando resuelta la expedición sobre el centro; un peligro común, el intérprete más seguro del verdadero mérito, reunió todos los votos, y puso a su cabeza al general Ramírez.

En su consecuencia ocupó nuestro ejército a Santiago de Cotagaita; y el regimiento número primero, al mando de su comandante el coronel don Ramón González Bernedo, emprendió desde Tupiza el 17 de setiembre una penosa marcha de 120 leguas por el des poblado, para reunirse en Oruro, a donde llegó el 12 de octubre, con el batallón del general que ya lo esperaba allí, procedente de Potosí.

Estos dos cuerpos de infantería, con 687 plazas el primero en dos batallones, y 312 el segundo en uno; 6 piezas de a cuatro, y un piquete de 40 caballos, componían toda la fuerza del nuevo ejército, que podemos llamar del centro, y de cuyas operaciones estaba pendiente la suerte de la América del Sur.

El 15 siguiente entró el general Ramírez en la misma villa de Oruro, habiendo hecho su marcha, no sin grave incomodidad con una fiebre intermitente que le atormentaba desde el campamento de Cobos. Inmediatamente pasó revista, reconoció el estado de las armas y parque, y tomó medidas eficaces para el socorro de la tropa, que se hallaba sin más caja militar, más repuesto ni recursos, que la punta de sus bayonetas.

La del cuartel general, las principales de Potosí, y las particulares de Oruro; todas estaban igualmente exhaustas, y la necesidad no daba tregua. Era forzoso recurrir a arbitrios extraordinarios; pero importaba también considerar los pocos pueblos fieles que nos quedaban, y conservar algunos amigos.

Abrióse un empréstito en el vecindario de Oruro; empeñó el jefe su palabra de honor para el reintegro; apuró por su parte el ministerio de real hacienda; y en breve se proporcionó el numerario

preciso para salir del paso; con esto, y arreglado lo demás necesario para la expedición pasó sin tardanza el batallón del general, al mando de su comandante don Juan de Dios Saravia, con dos piezas, a situarse en Sicasica; y en vista de su primer parte se dirigió luego a reunírsele el segundo del primer regimiento, con su teniente coronel don Julián de la Llave.

En este estado se recibieron en Oruro avisos reservados y confidenciales de La Paz, con noticias del anárquico estado en que se hallaba aquella ciudad; atentados no interrumpidos de su plebe, y disposiciones de los enemigos.

Conviene sentar que, habiendo levantado el Cuzco la voz de la insurrección, depuesto las autoridades legítimas, y establecido un gobierno popular, seduciendo y ganando antes la mayor parte de la misma tropa que la guarnecía; se halló desde el primer día con un pie de fuerza y armas respetable, y en estado de intentar, como lo hizo al instante, la reunión y trastorno de las provincias confinantes, tan destituidas de guarniciones que las contuviesen, como inclinadas a seguir sus huellas, unas a cara descubierta, y otras con algún pretexto y oportunidad.

Con este objeto, y con el perfecto conocimiento del terreno que pisaban, formaron inmediatamente los cuzqueños tres expediciones: una al mando de los caudillos Mendoza y Béjar sobre Huamanga; otra al del brigadier Pumacahua y Vicente Angulo sobre Arequipa; y la tercera al de Pinelo, y el apóstata cura Muñecas sobre Puno, el Desaguadero y La Paz; de esta última hablaremos ahora, y en su lugar de aquéllas.

Antes de mediados de agosto salieron del Cuzco estos caudillos, y reforzados considerablemente en su marcha con la mucha gente que se les reunía, unos por la seducción, y los más con la esperanza y codicia del saco; entraron tranquila y pacíficamente el 29 del mismo en la capital de Puno que mantenía con ellos sus inteligencias, y los esperaba muy de antemano.

No considerándose seguro en ella, ni con fuerza para resistirles, su gobernador don Manuel Químper, se había retirado con anticipación a Arequipa, dejando el mando de la provincia a los alcaldes. Tramose o figurese con la gente del país que había acuartelada, y alguna plebe, una especie de alboroto en la noche del 25, y de sus resultados evacuaron la población en la madrugada del siguiente el asesor, los ministros de real hacienda, el administrador de rentas, y otros empleados y familias honradas.

Quedaron con esto los rebeldes en quieta posesión de aquella capital; y sin perder tiempo intimaron la rendición al coronel don Joaquín Rebuerta, comandante del Desaguadero, quien les contestó con la expresiva firmeza que debía esperarse de aquel benemérito oficial; pero abandonado en el primer ataque de muchos de los suyos y de todo el pueblo, tuvo que evacuarle y retirarse a La Paz el 11 de setiembre, con solos 14 hombres la mayor parte heridos; dejando en aquel interesante punto trece piezas de diferentes calibres, y cuanto contenían sus copiosos y antiguos almacenes.

Dueños ya del Desaguadero, y de toda su artillería, armas y pertrechos los insurgentes; habiéndoseles reunido gran parte de su guarnición y la de Puno; y seguros de la adhesión y voluntad de aquellos naturales, pensaron invadir y atacar cuanto antes La Paz; y se pusieron sobre ella el 22 con 400 fusiles, poco más o menos, dos culebrinas, y seis piezas de a 4 y 2.

Tendría esta ciudad como 200 hombres de buena tropa, con oficiales de bastante confianza; cuatro piezas de a 4, y un cuerpo de más de 100 voluntarios, todos muy seguros, bien armados, y resueltos a llenar su deber y defender sus intereses, que no eran pocos.

Aunque su situación no es a propósito, para resistir un largo sitio, por estar edificada en el fondo de una quebrada de cerca de una legua de descenso, y rodeada de cerros que la dominan; todavía con esta fuerza y sus regulares atrincheramientos, pudiera haberse sostenido, y esperar algún auxilio; empero dividida su atención entre recelos y cuidados interiores, y los ataques del enemigo; no pudiendo obrar la tropa con confianza, ni libertad, y habiéndosele pasado a aquél la mayor parte de su plebe, fue entrada a viva fuerza en la mañana del 24, después de una resistencia vigorosa; y los rebeldes y la canalla cometieron cuantos excesos son imaginables en aquel día, que no fue sin embargo sino un pasajero aunque cruel ensayo de las atrocidades inauditas del 28 siguiente.

Hallábanse presos y custodiados con una buena guardia en la casa pretorial su Gobernador el Brigadier Marqués de Valde Hoyos, cinco coroneles, otros oficiales de graduación, varios capitanes y subalternos; y algunos particulares en el cuartel principal. Condujéronse a éste en aquella mañana unos cajones de cartuchos desde otro almacén; y habiéndose roto uno de ellos, formó en el tránsito con el derrame sucesivo una especie de guía hasta el depósito; saltó una chispa de los fogones inmediatos; prendiose aquélla; y transmi-

tiéndose rápidamente el fuego hasta éste, se incendió toda la pólvora que contenía, y causó en su explosión un grande estruendo.

Estremécese toda la ciudad; desplómase parte de aquél, y de los inmediatos edificios; oprimen sus ruinas indistintamente a los leales presos y a los rebeldes opresores; acude el pueblo sorprendido y curioso a la plaza; y una voz aleve, una voz inhumana y sangrienta apellida de repente: traición, traición de los realistas...

Este fue el grito de muerte, y la hora de los malvados. Inflamada la multitud se arroja precipitada sobre las prisiones; cada uno, como león irritado y furioso, se abalanza sobre su presa, la despedaza y la devora. De tantas inocentes víctimas ninguna se salva; todas perecen con mil muertes distintas, a cual más bárbaras y atroces.

Algunos patricios, la mayor parte europeos, todos españoles de la primera distinción: ni la memoria de sus beneficios, ni el sacrificio de sus caudales, ni las tiernas lágrimas de sus hijos y esposas, ni los sagrados vínculos de la naturaleza y de la amistad, ni una virtud en fin sólida, pura y acrisolada en cuarenta años de residencia, libró a ninguno de las impías garras de aquellos tigres cebados y sedientos de humana sangre.

Arroyos de ella corrían por la plaza entre los mutilados y palpitantes cadáveres; y en su terrible presencia los execrables caudillos, estos dignos héroes de la independencia del Perú, con la copa a los labios mezclada de licor y de sangre, y con el rojo y aún caliente puñal en la mano, se disputaban, como fieras hambrientas, un saqueo de seiscientos mil pesos.

Nada restaba ya: el plan estaba consumado, la patria triunfaba, y la desdichada Paz era libre.

Un rumor vago de la aproximación de las tropas del Rey, dispersó repentinamente a los sediciosos; y casi avergonzados, aunque no satisfechos los rebeldes de sangre y de pillaje, abandonaron la ciudad a su discreción, y se retiraron al Desaguadero, desde donde por sus comisionados iban continuando sus depredaciones.

Penetrado el General de la infeliz situación del resto de aquel vecindario, ordenó al comandante de la vanguardia, Saravia, que avanzase sobre La Paz; y situándose en su Alto, la introdujese una o dos compañías de guarnición con la expresa orden de no tolerar el menor desacato contra la tropa, ni las armas del Rey; y de pasar en el acto por ellas a cualquiera que osase insultarlas, como en efecto se verificó con tres de los más obstinados.

El 24 se movió el campo de Oruro en seguimiento de Saravia, y continuando las marchas sin novedad por San Juan, Panduro, Aroma, Sicasica, el Ingenio y Ayoayo, llegamos el 31 a Calamarca.

En sus inmediaciones se recibió un parte del comandante de la vanguardia desde el Alto de La Paz, avisando la aproximación de los enemigos por el camino real, y un pequeño tiroteo de una guerrilla nuestra, al mando del sargento mayor Anglada con sus avanzadas.

Varios emigrados que se presentaron en este pueblo, procedentes de la misma ciudad, de la que habían salido aquel día al abrigo de la guarnición, aseguraron que ésta, reunida ya a la vanguardia, quedaba replegada cinco leguas más acá en el punto de la Ventilla; y habiéndolo confirmado en su inmediato parte el mismo Saravia, se le previno que observando los movimientos del enemigo, y evitando todo ataque formal, se mantuviese allí, esperando nuestra reunión.

A las 5 de la mañana del día siguiente 1° de noviembre, se puso el ejército en movimiento, y antes de las 12; con 7 leguas de marcha, se reunió en la Ventilla a la vanguardia, que recibió al General con sincero júbilo, y las más expresivas aclamaciones. Reconocido el terreno, se situó el campo con todas las precauciones que exigía la inmediación de los enemigos, que se dejaban divisar al frente, situados en unas rancherías, como a dos leguas de distancia.

Destacáronse algunas partidas que reconociesen más de cerca su posición y movimientos; y colocándose en el campo las avanzadas precisas para evitar toda sorpresa, se dio a la tropa el descanso de que necesitaba después de una marcha casi no interrumpida, de más de 170 leguas, y en vísperas de un ataque.

Habíase propuesto el General buscar a los rebeldes en el inmediato 2 de noviembre; y con este fin en el mayor silencio se levantó el campo antes de amanecer, y se formó la tropa al rayar la aurora; pero se reconoció luego que aquéllos se habían retirado, con cuyo motivo se tomó la dirección al Alto de La Paz.

Rompieron la marcha nuestras guerrillas a distancia proporcionada para descubrir el terreno, y proteger los costados; y siguió nuestro pequeño ejército en tres columnas con los claros necesarios para desplegar en batalla: cuatro piezas, escoltadas por la caballería a su cabeza; el Batallón del General a retaguardia con otras dos; y a muy corta distancia los equipajes y emigrados, custodiados por dos partidas de infantería.

Como a las cuatro leguas de marcha enfrente del pueblo de Achocalla estaba la tropa haciendo un pequeño descanso, cuando el comandante de la guerrilla izquierda dio aviso de tener a la vista alguna caballería enemiga; ordenósele que la atacase y persiguiese; y avanzando nosotros un corto trecho, descubrimos luego todo el grueso de los enemigos.

Estaban éstos formados a nuestro frente en tres líneas de fondo, en un terreno superior al que llevaba nuestro ejército; habían colocado cinco piezas de a 4 en la primera, y dos de a 2 en la segunda; tenían su izquierda apoyada sobre la cortadura o a gran barranco que forma el Alto de La Paz, y su espalda sostenida por los cerros de Chacaltaya. Sobre una pequeña loma avanzada a su derecha, habían colocado un cuerpo numeroso de infantería de todas armas, y de una formación irregular en semicuarto con dos culebrinas de a 6, y una pieza de a 2, y en la misma banda, amagando envolver nuestra izquierda, y retaguardia se dejaban ver varios trozos, y partidas de caballería.

Estaba el sol en su mayor altura cuando reconoció el General la posición del enemigo; y calculando que sobraba día para batirle, resuelto a no malograr tan buena oportunidad, mandó al instante desplegar las 3 columnas, y formando una sola línea, colocado también el batallón de su nombre en el centro; recorrió rápidamente las filas, exhortando a oficiales y soldados a no desmentir en esta ocasión el valor y fidelidad que tenían tan acreditados.

“Hízoles presente la atroz e infame conducta de los insurgentes; púsoles delante la pálida imagen de su mismo país destruido y degradado con sus livianos y sangrientos hechos; recordóles el juramento religioso con que habían prometido defender las banderas y derechos del Rey hasta derramar la última gota de su sangre; y sin detenerse mucho en ponderar la cobardía y debilidad de los traidores, concluyó anunciándoles una pronta y completa victoria, y ofreciéndoles todo el botín, y los premios a que cada uno se hiciese acreedor”.

Contestó el ejército a un solo impulso con el más exaltado entusiasmo, y poblando el aire de las alegres voces de *viva el Rey, viva el General, mueran los rebeldes*, siguió marchando en la misma dirección; y luego que nos aproximamos, se montó la artillería, y se colocó el General a la derecha, el Coronel Saravia a la izquierda, y el Coronel Bernedo en el centro, cargando nuestras guerrillas sobre la caballería enemiga.

Ya su fuego de artillería, y especialmente el de las culebrinas nos incomodaba y sacrificaba alguna gente, sin que la nuestra pudiese avanzar por lo pendiente y pesado del camino, a pesar de las repetidas órdenes del General; pero habiéndose al fin logrado colocar tres piezas, se hicieron algunos tiros, y sin más detención dando la línea un pequeño cuarto de conversión sobre su derecha, rompió sobre ellos con un fuego de fusil tan vivo y bien dirigido, que en corto rato comenzaron a ceder el terreno. Redobló entonces la tropa el paso y el coraje; y cerrando con ellos a la voz de *viva el Rey*, se echó sobre su campamento, tomándoles toda su artillería y persiguiéndolos en su precipitada fuga sobre más de una legua.

La falta de caballería hizo que escapasen los más, y entre ellos los caudillos Pinelo y Muñecas, a quienes infructuosamente dieron caza algunos oficiales nuestros montados.

Según las declaraciones de los prisioneros había reunido el enemigo como 40,000 hombres de todas armas: los 500 disciplinados de fusil, y los restantes de honda, macana y lanza, con 400 a 500 de caballería con estas mismas armas y alguna otra carabina. Dejó en nuestro poder todo su campo que se abandonó a la tropa, como se la había ofrecido, menos los efectos de guerra: su artillería compuesta de las diez piezas ya expresadas, 150 fusiles, 108 prisioneros, y tendidos en el campo considerable número de muertos.

El Sargento Mayor Anglada presentó al General una bandera que se les había tomado también; y reconocida por el regimiento número primero, por ser la que tenía en su capital del Cuzco, se les restituyó inmediatamente, para que él mismo la condujese a aquella ciudad, en donde debería conservarse con una inscripción que acreditase a la posteridad la lealtad y constancia de este distinguido cuerpo, que posponiendo todas las relaciones del paisanaje, de la amistad y aun de la sangre a su honor y deber, se había batido con un denuedo y firmeza, sin duda no esperados de nuestros enemigos; golpe que por sí solo debía producir los efectos más grandes, y que desde luego bastaba a suspender la opinión pública, y variar el aspecto de las cosas.

Se había hecho sentir la sed demasiado con la fatiga de la jornada y absoluta falta de agua; y en esta consideración quedando aún suficiente día pasó el ejército a acamparse a la inmediación de La Paz en la falda de su mismo Alto.

A las seis de la mañana del siguiente día 3 se hizo una salva general en celebración de nuestra victoria, y se dirigieron partes de

ella al señor general en jefe, y a los gobiernos y autoridades de la carrera, y también de la costa, para mantener a los pueblos en el respeto debido a las armas del Rey, y convencerles de los débiles aunque demasiado funestos esfuerzos de los revolucionarios; y habiéndose aseado la tropa conforme a su situación, entró el ejército en La Paz formando en columna a las nueve.

Salieron varios vecinos y eclesiásticos honrados a recibirle, y no se dejaban de advertir también algunos semblantes en la comitiva, entre los que andaba dudoso el temor con el respeto.

Había en las calles quien prorrumpiese en vivas y aclamaciones por el Rey y el General; y no faltaba quien repitiese estos saludos desde las ventanas y balcones.

En este orden se llegó hasta la Plaza Mayor, y formando un cuadro; conociendo el general la altivez y desenfreno de aquella plebe, y la ninguna consideración que merecía por sus horribles excesos, dio la orden de que ningún individuo del ejército saliese del cuartel sin sable o bayoneta, y en caso de ser insultado contuviese por sí mismo a cualquier atrevido sin distinción. Providencia a primera vista un poco severa, pero en realidad muy necesaria en aquellas circunstancias.

Entre los prisioneros se habían hecho varios naturales de la misma Paz; y de ellos fueron sobre la marcha sorteados y pasados por las armas cinco.

Convenía seguir los pasos a los rebeldes y no dejarlos respirar; pero era aún más urgente restablecer el orden, coleccionar algunos fondos, y dar vitalidad y movimiento a aquel exánime y paralizado cuerpo civil. Había perecido lo mejor de su vecindario; estaba el resto, parte receloso, y parte amedrentado; vacías las cajas públicas; disuelto su ayuntamiento; la plebe dispersa impune y confundida en su misma oscuridad; y todo ofrecía dudas, cuidados y dificultades.

Dispuso el General que el Comandante Saravia saliese el 5 con el primer objeto al pueblo de Laja a seis leguas de distancia, y esperase allí sus órdenes, y se dedicó a expedir sin perder tiempo las demás que llamaban su atención.

Instaba el nombramiento de un gobernador de confianza, celoso y activo, que fuese capaz de mantener la ciudad y provincia en sosiego, sacando recursos de ella misma, por la muy corta guarnición que debía quedar. Con este concepto encargó el mando al teniente coronel del ejército don José Landavere, sujeto de probidad y de honor acreditado; y con su acuerdo se organizó el Ayunta-

miento, colocando en él a aquellos vecinos que se graduaron más aptos para ayudarle en tan espinosas circunstancias.

Dado este primero y más difícil paso, se nombraron subdelegados en los partidos que se hallaban acéfalos; y se arregló la administración pública, eligiendo los demás empleados: todos interinamente, y hasta la resolución superior del Excelentísimo Señor Virrey del reino.

Para llenar el vacío de los fondos públicos reunió el General en su posada las corporaciones y vecinos más principales, y les hizo presente la absoluta e indispensable necesidad en que se hallaba de sacar todos sus recursos de La Paz, proponiéndoles que antepusiesen el medio de algunos donativos, o préstamos voluntarios a una contribución forzosa, a que de otro modo procedería, precisado como estaba por la imperiosa ley de las circunstancias; pero no habiendo correspondido su resultado, ni a las urgencias del día, ni a las proporciones de los prestamistas, se hicieron con calidad de reintegro, pedidos fijos a personas señaladas, y se impusieron con intervención del Cabildo algunas contribuciones, con que pudieron reunirse hasta 630 pesos, quedando prontos y remisibles a disposición del señor general en jefe otros 300; y comprometidos el Gobernador y Ayuntamiento a cubrir inmediatamente el empréstito de 100 que había hecho el vecindario de Oruro para la salida de la expedición, como en efecto lo realizó.

El 7 llegó un expreso del Desaguadero, despachado por algunos insurgentes que se habían reunido allí, poniendo aquel punto con sus enseres a disposición del General; pero habiéndoseles devuelto, ofreciéndoles el indulto, si lo verificasen, quedó sin efecto.

El 8 avisó Saravia desde Laja que casi todos se habían retirado para Puno, y que unos pocos que habían quedado intentaran incendiar el almacén de pólvora y demás útiles; lo que había impedido con alguna gente de su parcialidad el párroco don Manuel Mamani, quien instaba para que se le auxiliase; en vista de todo, y de las noticias que también se recibieron, de que los enemigos pensaban en hacer una gran reunión en la provincia de Puno, se previno a Saravia continuase su marcha el 9 siguiente; y en el mismo día salió de La Paz el General con el resto del ejército, dejando una compañía de guarnición, con cuatro piezas y algunos artilleros, y a su gobernador las instrucciones convenientes.

El 11 entró Saravia en el Desaguadero, y el 13 el General, habiéndose detenido un día en Tiahuanaco por la repetición de la ter-

ciana. Se hallaron en este punto dos piezas de bronce, una de a 6 y otra de a 2: varias de estaño, de las que en otro tiempo fundieron los cochabambinos; alguna pólvora y otros efectos, cuyo inventario formado por el mayor Anglada, se entregó al nuevo comandante de este cantón el capitán don Santiago Giani a quien con cincuenta hombres de guarnición resolvió el General dejar en él para su resguardo, y para mantener la comunicación con La Paz y carrera general.

Se recogieron también en el mismo pueblo y sus estancias inmediatas, varias especies que tenían ocultas los insurgentes, pertenecientes al saqueo de La Paz; y habiendo sido aprehendidos los oficiales Salinas y Gómez, que abandonando las banderas del Rey, se alistaron en las de los rebeldes, fueron juzgados y condenados por una comisión militar a pena capital, que se ejecutó luego con la confirmación del General; indultándose y agregándose al ejército algunos soldados, que se presentaron voluntariamente después de haber servido entre los enemigos.

Se recibió el correo de Potosí con cartas del cuartel general por las que se supo no haber ocurrido novedad especial, y quedar las provincias del tránsito en sosiego; y habiéndose presentado una diputación del Cabildo de Puno, dando parte de que los insurgentes habían evacuado aquella ciudad, que venía a someterse por su medio a las armas del Rey, se les contestó que éstas se posesionarían de ella. Con esta dirección se emprendió la marcha el 16, y continuándose el 17 y siguientes por los pueblos de Zepita, Pomata, Juli, Ilave, Acora y Chucuito, se entró en Puno el 23, habiendo hecho 52 leguas desde La Paz.

En el tránsito por estos pueblos se había divulgado la noticia de haberse malogrado la expedición del mando del señor mariscal de campo don Francisco Picoaga en las inmediaciones de Arequipa; que después de haberse batido y hecho prisionero, se habían apoderado de aquella ciudad los caudillos Pumacahua y Angulo; de cuyas resultas se habían declarado por la insurrección Moquegua, Chuquibamba, Camaná, y casi todos sus partidos; y en efecto confirmó todo esto en Puno un oficial procedente del mismo Arequipa, que se había hallado en la acción del 10 de noviembre perdida por las armas del Rey; y traía de comprobante un papel escrito con lápiz desde su prisión por el expresado señor Picoaga, intendente Moscoso y otros jefes, en el cual pedían atención al General que, pospues-

ta toda otra atención, se dirigiese a aquella ciudad, acelerando sus marchas, por el riesgo inminente en que quedaban sus vidas.

Causó tan funesta novedad en el ejército un acerbo pesar, no sin mezcla de cólera, así por la inclinación y respeto que la tropa profesaba a su antiguo coronel el señor Picoaga, como por las fatales resultas que producía la pérdida de la provincia de Arequipa, con la cual quedaba ya por todas partes cortada la comunicación con la capital de Lima, y aumentadas considerablemente las fuerzas de los insurgentes; ya con las armas, artillería y pertrechos que allí tomaron, como con la mucha gente que era consiguiente se les reuniese; pero no sólo no se entibió por esto el valor de nuestros soldados, sino que inflamándose de un ardiente resentimiento, solicitaron a una voz permiso del General para escribir a los revoltosos, conminándolos con su total exterminio, si llegasen a atentar a las vidas de los jefes, y singularmente a la de su coronel el Mariscal Picoaga.

Viendo el General la buena disposición de la tropa, y calculando que nada era tan urgente y oportuno, como recobrar la provincia de Arequipa, y abrir su comunicación con las de arriba, el ejército y la capital, al paso que muy expuesto dirigirse al Cuzco dejando este fuego, y los enemigos a la espalda; teniendo también presente que el Coronel González, situado ya en Huamanga, les oponía por aquel lado un fuego respetable; reunió los jefes, y manifestándoles sus ideas, resolvió, con su acuerdo, ir cuanto antes sobre Arequipa; y habiéndose comunicado esta decisión a la tropa, formada en cuadro, fue recibida con el mayor júbilo y aclamaciones, a que contestó el General alabando su generoso celo y ardor marcial, y recibiendo como siempre las más sinceras y positivas muestras de aquel respeto y adhesión, que a porfía se empeñaban en acreditarle nuestros oficiales y soldados.

El 25 fue descubierto y hecho preso el abogado Manuel Villagra, que con el carácter de auditor de guerra había autorizado la matanza y saqueo de La Paz; y juzgado sumariamente por la comisión militar, expió sus excesos con el último suplicio.

Arreglose en la mejor forma posible la capital de Puno; y encargado su gobierno al honrado teniente coronel don Martín de Rivarola, partió el ejército el 26 para el pueblo de Vilque, donde llegamos, después de siete leguas de marcha, con una tempestad y aguacero que la hicieron bien penosa.

Tomaba cada día más cuerpo el rumor de que los enemigos, reunidas las reliquias de la batalla de La Paz a la expedición de Pumacahua y Angulo, reforzados y llenos de confianza por las ventajas que éstos habían conseguido, pensaban en dar o esperar otra acción en el camino; pero se hablaba con mucha variedad sobre el punto fijo que ocupaban.

Con el fin de descubrir algo más, y de descansar de la fatiga del día anterior, se hizo alto el 27 en Vilque, y el 28 acampamos en Tayataya a seis leguas de distancia.

Habíase desertado en la noche antes un soldado de los que se presentaron y fueron indultados en el Desaguadero; y habiendo sido perseguido y alcanzado en su fuga por una partida nuestra, creyó el General que debía ser tratado con todo el rigor de las leyes militares para escarmiento de los demás, y en su consecuencia fue pasado por las armas.

Pasamos el 29 al ingenio de las Maravillas, situado a las dos leguas y en él dieron noticia al General de que los rebeldes tenían ocupada la angostura, que llaman la Compuerta, distante cinco leguas, con una corta fuerza: en su vista, y antes de que la reforzasen, lo que tal vez nos hubiera detenido por ser un paso forzoso, estrecho y de suma aspereza; ordenó que en la misma tarde saliesen las dos guerrillas, y el piquete de caballería, y descansando en el prado, cayesen al amanecer sobre el destacamento enemigo, y le desalojasen de aquel puesto.

Ejecutóse puntualmente: pero se halló que le habían abandonado sin esperar la aproximación de nuestras partidas; en su consecuencia se situaron estas dos de la otra banda del desfiladero en la pampa de Pasto Grande, y el 30 pasó el ejército la noche en San Ramón, otro ingenio distante cuatro leguas y media del antecedente, y el 1º de diciembre se reunió con sus guerrillas, y se acampó en el mismo Pasto Grande.

En este punto se nos pasó un hombre llamado José Bernardino Escobedo; y habiéndosele tomado su declaración, depuso que los insurgentes se hallaban situados en Apo a dieciséis leguas de distancia; que tenían 21 piezas de artillería de diversos calibres; y según les había oído decir sobre 12,000 hombres de todas armas; y entre ellos bastante y buena caballería de la provincia de Arequipa.

Con este dato se continuó marchando con toda precaución los días 2, 3 y 4, y el 5 se situó el campo a dos leguas de Apo, poco más o menos. Estaba el General reconociendo el terreno para apos-

tar la gran guardia, cuando se descubrió un parlamentario de los rebeldes, que puso en sus manos un pliego de aquéllos, reducido a proponerle la rendición del ejército, figurando que ya la capital de Lima, y todas las provincias del Virreinato se habían decidido por la revolución, con otras especies y mentiras abultadas; las mismas que habían hecho publicar por bando en Arequipa y el Cuzco, como lo comprueban los ejemplares que van a continuación de este diario con los números 1 y 2.

El General le recibió y leyó el pliego con mucha serenidad y templanza; y con la misma le mandó retirar, diciéndole que quedaba impuesto, y que no tardaría en despachar su contestación, que no era otra que la de atacarlos por la mañana.

Aunque el parlamentario era un oficial del Rey que servía entre los rebeldes, no pareció conveniente detenerlo ni castigarlo, por no comprometer más con este paso las personas del señor Picoaga, y demás jefes que ellos tenían en su poder.

Divulgóse en todo el campo la noticia de la inmediatez de los enemigos, y probabilidad de un próximo ataque; y el regimiento número 1 queriendo dar al General una nueva prueba de su decisión por la causa del Rey, y de sus generosos sentimientos, se reunió en pelotón con sus jefes a la cabeza, y acompañado de su música y tambores, se presentó en la tienda del General, protestándole una y mil veces su impaciente deseo de batirse, y su resolución de sacrificarse hasta lo último en su defensa y la de su soberano.

Repitió esta escena el Batallón del General, y siendo ambas absolutamente voluntarias, y nacidas de su exaltada adhesión al jefe, se llenó éste de un tierno placer, y de la más grande confianza, asegurándoles con la misma que al día siguiente tendría el gusto de presentarlos al enemigo, y aumentar sus laureles.

Amaneció el 6 todo el campo cubierto de nieve; pero como hervía el fuego en el pecho de los soldados, todos estuvieron prontos, y muy temprano se rompió la marcha sobre Apo con aquel orden, prevención y vigilancia, que observaba siempre nuestro pequeño ejército; a cuya constante y exacta disciplina se debía siempre la mayor parte de sus buenos sucesos.

Al paso que nos íbamos aproximando presentó una de nuestras partidas de descubierta a un arriero que había servido entre los enemigos, y declaró que recelando éstos ser atacados, habían trasladado su campo en la noche anterior a Chilligua, dos leguas más atrás; y que no contemplándose aún seguros, habían tomado al amanecer la

dirección de la provincia del Cuzco, dejando por su precipitación enterradas varias piezas, y pertrechos que no pudieron conducir.

En su consecuencia continuamos la marcha, y descansamos en Apo, despachando hasta Chilligua varias partidas, para descubrir y ocupar los efectos abandonados por los rebeldes.

La tropa y mucho más los oficiales manifestaron un verdadero pesar de que aquéllos se hubiesen retirado tan cobardemente, quitándoles de las manos tan buena ocasión de distinguirse, y ensalzar su valor; y el General, penetrado de su noble modo de pensar, los reunió en su tienda, y dándoles las más expresivas gracias a nombre del Rey, les aseguró que los tendría en igual consideración para sus ascensos, como si se hubiese dado una batalla, y conseguido una completa victoria.

El 7 continuamos la marcha por el camino real de Arequipa; y habiendo hecho un pequeño descanso en Chilligua, de donde ya se habían desenterrado cuatro piezas con sus cureñas con algunos cajones de pertrechos; dejando una partida gruesa que concluyese la operación, se reunieron las demás que habían salido el día antes y avanzamos hasta Chilligua chico, habiendo hecho como cinco leguas de este día.

En él se presentaron varios individuos procedentes de la ciudad de Arequipa, y también recibió el General un oficio muy atento de su Ayuntamiento, en que, al mismo tiempo que le daba las gracias por haberla libertado con su aproximación del duro yugo y violencias de los insurgentes, le manifestaba la buena disposición de su vecindario para recibir el ejército.

Se supo que, luego que en aquella ciudad se habían cerciorado de la superioridad de las armas del Rey, y de la precipitada retirada de aquéllos, se había formado, por un impulso general, y común, una especie de contrarrevolución; y prendiendo a algunos facciosos de los más declarados, entre ellos a varios eclesiásticos seductores, que habían venido con los caudillos Pumacahua y Angulo, los habían puesto en seguridad a disposición del General, quedando la población quieta y en su antiguo orden.

Al evacuar Arequipa los rebeldes habían llevado consigo a los ilustres presos Picoaga, Moscoso y Valle, con algunos otros particulares; habiendo redimido su libertad el distinguido brigadier don Mateo Cosio, y el teniente coronel don José Menaut por más de 20,000 pesos; cuya cantidad con otras sumas más crecidas, procedentes de sus rapiñas habían asegurado y despachado con anticipa-

ción a los pueblos del Collao, siendo su objeto hacer en él y en toda la provincia del Cuzco una leva general, y recolección de armas, para resistir, y dar un golpe decisivo a las tropas del Rey.

Avanzó el ejército el 8 hasta Cangallo seis leguas más adelante; y en este punto salieron a felicitar al General varias personas de distinción, así de Arequipa, como de los emigrados de otras provincias sublevadas que se habían reunido en ella; y el 9 se rompió la marcha con dirección a la ciudad, distante sólo cuatro, habiendo la misma auxiliado al ejército con oficiosa voluntad con muchas mulas y bagajes.

Presentóse luego a la vista su hermosa y dilatada campiña, poblada de un inmenso y alegre gentío, entre el cual y mil festivas aclamaciones marchó la tropa hasta la inmediación de la ciudad en donde hizo alto, para esperar a su general formada en batalla.

Anunció su llegada con agradable estruendo un saludo de artillería; y recibiendo los cumplidos de los cabildos eclesiástico y secular, y una lucida nobleza, se colocó a la cabeza de la columna, y se continuó la marcha, despejando el paso un piquete de caballería.

Estaban las calles cubiertas de flores, y las señoras las arrojaban al mismo tiempo en abundancia y con la más viva emulación desde los balcones y ventanas sobre el General y la tropa, no faltando algunas más atrevidas, o más arrebatadas de gozo que las pusiesen en sus manos; dejábase conocer en los semblantes un sincero regocijo, y andaba en todo templado el contento con una respetuosa admiración.

En este orden, y entre los repetidos vivas de la multitud, llegamos hasta la Plaza Mayor, desde la cual se retiró la tropa a sus cuarteles, y el General a su magnífico alojamiento, en el que con mucho gusto y delicadeza estaba preparada una mesa suntuosa, a que concurrió toda la oficialidad.

Acababa la sensible y morigerada Arequipa de sufrir todo el peso de los insurgentes, había conocido de cerca a sus idiotas, inmorales y crueles caudillos; experimentaba muy a su costa las funestas consecuencias que arrastra consigo el trastorno del orden y de las autoridades legítimas; y quería acreditar que anhelaba muy de veras su restitución, aunque tal vez no faltasen en su seno algunos genios díscolos, y amigos de novedades, de los muchos que por desgracia común ha producido la infeliz América en el ominoso período de su loca revolución.

Penetrado el General de estos sentimientos, y reconocido a sus leales y finas demostraciones, procuró aprovecharlas en beneficio común, y confirmar a aquellos habitantes en el amor al soberano y gobierno legítimo, ganando cada día más y más sus ánimos con la natural afabilidad, y constante modestia que le caracteriza; y por estos medios que dictaban las circunstancias y aprobaba la prudencia, quedó como se verá la provincia de Arequipa, no sin haber visto algunos ejemplares con algunos obstinados, en perfecto arreglo, y en estado de concurrir con todos sus recursos al triunfo de las armas del Rey, y de la buena causa.

Muchas y muy graves atenciones ocuparon a nuestro General desde su entrada en aquella capital. La tropa con una marcha continuada de muy cerca de trescientas leguas, parte por un árido despojado, y lo restante por un país insurgente, y rodeada de enemigos, sobre sumamente fatigada, venía descalza y desnuda; y las armas y el tren no habían padecido menos.

Aunque Arequipa se hallaba restituida a su antiguo orden, la mayor parte de su provincia, y casi todos los partidos estaban revueltos, y en manifiesta conmoción.

No era posible subdividir nuestro pequeño ejército, y la índole de aquellos habitantes inspiraba por otra parte esperanzas de poder ser reducidos sin tocar los extremos de la severidad y de la fuerza; en su consecuencia se expidieron y circularon, por medio de comisionados sagaces y seguros, las órdenes y proclamas convenientes; y produjeron tan buen efecto, que no sólo volvieron sobre sus pasos los pueblos alucinados, sino que en general se apoderaron de los caudillos, y con sus armas y principales secuaces los iban remitiendo a la ciudad.

Entre tanto se formaba la maestranza de armería y carpintería para la refacción de armas y parque; y sin perder tiempo se puso también la mano en los uniformes y calzado de la tropa, tomando los paños y demás efectos de la primera calidad; así por la escasez de los de segunda, como por ser ella muy acreedora a esta distinción y preferencia por sus importantes servicios.

Formóse también con algunos veteranos del ejército y buena caballería de Arequipa un cuerpo de 250 hombres, y se le destinó a las cabeceras de Caylloma, para que observando los movimientos y operaciones de los rebeldes que infestaban aquellas inmediaciones, contuviese al mismo tiempo a los chuquibambas, únicos en toda la provincia que se mantenían por ellos; y con igual prontitud se dio

principio al alistamiento y disciplina de algunas compañías que a la salida del ejército guarneciesen la ciudad.

En medio de la lenidad y dulzura adoptadas en esta ciudad, creyó el General conveniente también que, habiendo sido por espacio de más de un mes el teatro de las violencias y atentados de los insurgentes, vieses sus habitantes que aún ejercían las leyes su severo y respetable imperio con los incorregibles y obstinados.

Con este objeto, habiendo sido preso el reincidente y contumaz revolucionario José Astete, y el parricida José Chirveches con otros varios delincuentes de menos gravedad, fueron los dos primeros juzgados y condenados a muerte por la comisión militar, y se les ejecutó sobre la marcha, remitiéndose los demás con sus causas y condenas a disposición del excelentísimo señor Virrey.

En estas providencias se consumió el resto del mes de diciembre, en medio de los constantes desvelos, e infatigable actividad del General; y cuando evacuadas ya en la mayor parte sus principales atenciones, vestida la tropa, y refaccionadas las armas y tren, nos preparábamos a partir a mediados de enero, fue preciso suspender esta resolución, así por la casi general epidemia que con la mudanza de temperamento y alimentos había grasado en oficiales y soldados, como por el rigor de la estación, y excesivas aguas que la hacían inverificable.

Felizmente en este intermedio ocupaba la atención de los caudillos Pumacahua y Angulo la contrarrevolución, que a la voz del Rey había intentado con otros el teniente coronel Ruiz Caro en el partido de Tinta; y aunque al fin prevalecieron aquéllos, y con mucha dificultad apenas pudo éste escapar con solos 40 hombres hasta Arequipa; fue sin embargo muy útil su proyecto, por haber entretenido casi todo este tiempo a los enemigos.

Habían salido para Puno en virtud de órdenes ejecutivas el intendente don Manuel Químper y los demás empleados; y aunque no sin recelos y zozobras, se mantenía aquella capital y la mayor parte de la provincia en sosiego, y con la comunicación franca con La Paz y el ejército; pero en estos días avivó Químper sus partes sobre la aproximación y miras hostiles de los enemigos; y en su vista resolvió el General acelerar en cuanto fuese posible su partida, previniendo a los comandantes se aprontasen para el 24 o 25; mas habiéndose traído a la vista los estados de las compañías, se halló existir en el hospital 122 hombres; y en su consideración, oyendo a

los facultativos, acordó dilatarla unos días, fijando el 9 o 10 del entrante febrero para realizarla sin recurso.

Comunicada esta resolución, obró tanto en el ánimo fiel de nuestros enfermos, que la mayor parte, aun sin haber convalidado, se restituyeron a sus compañías, quedando sólo en el hospital 26 hombres, y un oficial de los más postrados.

En este estado, y reforzado nuestro pequeño ejército con algunos reclutas y dispersos, que se les reunieron hasta el número de 1,200 bayonetas, y 50 hombres más de dragones de Tinta; colocado a la cabeza de esta provincia el activo y pundonoroso don Pío de Tristán, rompió el 11 la marcha el regimiento número 1° y se acampó en Cangallo, en donde el 12 siguiente se le reunió el General con el tren y resto del ejército, en medio de un bien molesto y continuado aguacero.

Sin cesar el temporal, y convirtiéndose el agua en nieve, según se iba montando la cordillera, continuamos la marcha el 13 y 14, y llegamos el 15 a Pati, en cuyo punto supo el General que los enemigos reunían todas sus fuerzas entre Ayaviri y Pucará, y tenían algunas partidas sobre Lampa, amenazando invadir a Puno.

En estas circunstancias y situación llegó un expreso del señor General en Jefe don Joaquín de la Pezuela, ordenando a su segundo el general Ramírez, que inmediatamente se replegase sobre Potosí con toda su fuerza, por hallarse el ejército de su mando sumamente apurado por los enemigos del frente; y aun mucho más por los infinitos caudillos, que derramados en los diferentes puntos de la provincia de Cochabamba, La Plata y Potosí, distraían todos sus fuerzas, y multiplicaban sus atenciones.

Para deliberar en asunto de esta gravedad, reunió el General a todos los jefes, y manifestándoles el tenor de la orden, expuso cada uno su dictamen.

Convinieron muy uniformemente en que eran muy considerables los inconvenientes que se ofrecían para su cumplimiento, y peligrosas las consecuencias que podría ocasionar; que hallándose el Cuzco en el mayor calor de su revolución; el coronel González sin poder pasar de Huamanga, y los caudillos Pumacahua y Angulo entre Ayaviri y Pucará, a menos de 30 leguas de Puno, con una reunión extraordinaria y mayor que nunca de armas y gente; era consiguiente y forzoso que luego que nos retirásemos, cayesen aquéllos sobre esta provincia, la de Arequipa y La Paz, y lo llevaran todo a sangre y fuego, incendiando de una vez el reino entero, y

poniendo el ejército del Rey en el último conflicto; cuyo resultado sería probablemente su disolución, y el trastorno total de esta América; que por el contrario siguiendo la expedición adelante, había esperanza de traer a los rebeldes a una acción general, que siendo favorable, como podía esperarse de la buena disposición, valor y disciplina de la tropa, se haría decisiva en sus resultados; y facilitando la reducción del Cuzco, podríamos retirarnos brevemente, dejando restablecido el orden, y todas las provincias de la espalda en seguridad; que el mismo señor general Pezuela no podría menos de opinar de igual modo; y que en consecuencia parecía lo más acertado exponérselo así, y seguir en busca de los sediciosos; con lo que se conformó el General, y contestando el expreso, dio orden de continuar la marcha.

En los días 16, 17 y 18 subió el ejército por lo más fragoso y áspero de la cordillera, con un temporal deshecho de vientos y nieve; estaba todo el piso cubierto de ésta, y si alguna vez se descubría el sol por un corto rato, ocasionaba con su reflejo y los vapores que exhalaba la tierra, un dolor tan vehemente y agudo en los ojos, que apuraba el sufrimiento y paciencia de los más veteranos.

Doblóse el 19 la pendiente cuesta de Lagunillas, habiendo empleado la mayor parte del día en subir casi a mano el parque y equipajes, por las frecuentes caídas de las bestias de carga en su gredoso piso; y descendiendo el ejército por la quebrada de la compuerta, hizo alto en el ingenio de San Ramón, apostándose la guerrilla a corta distancia en Santa Lucía; y el 20 siguiente campamos en el inmediato de las Maravillas.

El terreno por donde debía dirigirse la marcha en busca del enemigo está inmediato a las faldas de la cordillera, cuyas copiosas vertientes, unidas a las excesivas aguas, que en esta estación son tan frecuentes en el Perú, forman a cada paso una porción de esteros y arroyos que hacen el camino intransitable.

Para vencer esta dificultad, y aliviar a la tropa, dispuso el General, dando él primero el ejemplo, que en estos casos se desmontasen los jefes y oficiales, y pasase aquélla sucesivamente; con cuya providencia, aunque con alguna detención, llegó el ejército a Taya-taya menos fatigado.

Aquí recibió el General un expreso del Intendente de Puno con dos cartas fidedignas que daban razón de la situación de los enemigos. En su vista resolvió aproximarse a ellos lo más breve posible, intentando con este objeto desguazar el río de Cabanilla que tenía-

mos al frente y nos impedía el paso. Reconoció personalmente muy temprano: mandó dar al cauce principal varias sangrías; pero no encontrándole sin embargo vado, dirigimos la marcha al pueblo de Cabana, donde hicimos alto.

Amaneció el 23 muy despejado y sereno, y se destinó para que descansando la tropa de las fatigas de la cordillera, lo ocupase en secar su ropa, y limpiar las armas; cuya revista pasó por sí mismo el General, hallándolas todas a su satisfacción.

El 24 salió el teniente coronel Alcón para la capital de Puno, a fin de conducir a la caja militar el numerario existente; y el ejército continuó su marcha con dirección a las balsas de Juliaca; pero a poco más de una legua de camino, observó el General que el río se dividía en cinco brazos; mandó reconocerle; y hallando un vado sobre firme, aunque bastante profundo, ordenó que se dispusiese la tropa para pasarle por compañías. Rompió la primera con su acostumbrado denuedo, la primera del primer regimiento, cortando su corriente con el agua hasta el pecho; y siguiendo las demás, logramos trasladarnos en menos de tres horas con todos los bagajes a la banda opuesta, y pueblo de Cabanilla, sin desgracia ni avería particular; en él se hizo alto, y descansó también el 25 por la mucha nieve que no dejó de caer en todo el día.

Con la misma intemperie partimos el 26 hasta la hacienda de Miraflores, y entramos en Lampa el 27, habiendo pasado su caudaloso río en la misma forma, y con igual intrepidez y felicidad que el de Cabanilla.

En Lampa estuvo la tropa con algún desahogo para lo que la estación y circunstancias daban de sí; y por lo mismo resolvió el General que descansase dos o tres días, dando al mismo tiempo lugar al regreso del teniente coronel Alcón; en cuyo alcance para mayor seguridad se destacó una buena partida de caballería; y para no perder los momentos, se armaron las fraguas, y se compuso alguno que otro fusil que lo necesitaba.

Así pasamos el último día de febrero, y el 1º y 2 de marzo, en que llegó Alcón sin novedad, conduciendo 22,000 pesos para la caja militar.

El 3 recibió el General un oficio del caudillo Vicente Angulo con fecha del 28 anterior en Ayaviri. Reducíase todo su contenido a pintar a nuestra metrópoli sumamente apurada y dividida; ponderar las ventajas de los insurgentes del Río de la Plata, y las otras provincias sublevadas; la decisión general de los habitantes de la

América por el sistema de independencia, el mal estado de nuestro ejército de Santiago; y aun su figurada derrota, con otras reflexiones todas dirigidas a persuadir que el mal era ya incurable, llegando hasta la impudencia de proponer una transacción o convenio en los términos que manifiesta el mismo oficio que es el del número 30.

Contestó inmediatamente el General con su acostumbrada serenidad y firmeza, despreciando como correspondía sus atrevidas propuestas; y concluyendo que no había ni quedaba otro arbitrio que rendirse a la autoridad legítima, y reconocer la de nuestro amado soberano el señor don Fernando VII, que por este único medio podía aún salvar su vida, aprovechando el indulto que con aquella condición le dispensaba, y a los demás insurgentes en su real nombre; y sin esperar otro resultado, se levantó el campo el 4 siguiente, y a las cuatro leguas de marcha hicimos alto en la misma orilla del río de Ayaviri.

Luego que nos situamos, pasó el General a reconocerle con sus edecanes; y hallando que tenía una profundidad muy grande sobre más de una cuadra de cauce, resolvió continuar la dirección por el pueblo de Pucará, distante otras cuatro leguas.

El desnaturalizado e ingrato brigadier Pumacahua, deslumbrado con los pomposos títulos de Teniente General y Marqués del Perú, a que en los delirios de su imaginación, le habían elevado sus mismos secuaces persuadidos a que ya estaba irrevocablemente decretada por el cielo la independencia de estas provincias, renovó las propuestas de Angulo en los arrogantes términos que aparecen de su papel con el número 4, y fue sobre la marcha contestado por el General, con las pocas, pero enérgicas expresiones que van a continuación; no omitiendo instruir a la tropa de estos oficiosos pasos de los rebeldes con que en medio de su arrogancia descubrían su verdadero miedo y cobardía.

Fue la noche muy lóbrega e incómoda con un continuado aguacero; y a pesar de haber aprovechado la madrugada, avanzamos muy poco por los muchos pantanos y arroyos, en cuyo tránsito y repetidos rodeos ocupamos la mayor parte del día; siendo preciso para pasar algunos, formar pequeños puentes empalmando los mismos palos de los toldos; con esto se hizo demasiado tarde, y resolviendo el General acampar antes del pueblo, despachó un ayudante que mandase hacer alto a la guerrilla.

Habíase ésta empeñado ya en una angostura que forma el camino estrechado por el río, y de repente fue sorprendida por algu-

nos tiros de artillería y fusil que le hicieron los enemigos emboscados en la otra banda. A su estruendo se destacó una compañía de granaderos que la sostuviese, y después de un corto fuego, con el que obligó a los rebeldes a replegarse a las cumbres, se reunió el campamento que situamos en un recodo abrigado, e inmediato a la misma angostura con la precaución necesaria.

El siguiente 6 se mantuvieron los enemigos en la misma posición, teniendo su artillería bien avanzada para poder ofendernos, por lo que se tomó la dirección para Pucará a distancia del camino, y aunque con alguna pequeña incomodidad llegó todo el ejército al pueblo en buena hora.

Enfrente de él por la banda, y sobre la orilla del mismo río, tenían los insurgentes a la vista un campamento en tres divisiones, con 100 tiendas poco más o menos cada una; desde él nos hicieron luego que nos divisaron algunos tiros de cañón y fusil, que fueron contestados por nosotros sin efecto, ni desgracia particular.

Es el río bastante caudaloso, e invadeable especialmente en esta estación; por lo que dispuso el General que se construyesen algunas balsas grandes, para transportar el ejército; y habiéndose puesto inmediatamente por otra, se hallaban concluidas el 8 por la tarde algunas bastante regulares.

A pesar de las estrechas órdenes del General, y de la vigilancia de los jefes y oficiales, no pudo evitarse el que en estos dos días intermedios saliesen algunos individuos a las estancias inmediatas en solicitud de víveres; y como los enemigos contaban con la fe y voluntad de los naturales, fueron avisados, y lograron sorprendernos un sargento y algunos soldados.

Desde la tarde del 7 y en todo el día del 8 se advirtió que iban llegando al campamento enemigo repetidas partidas de gente por la parte de Ayaviri; su artillería era ya también de más calibre que los días anteriores; y al mismo tiempo vimos que levantando su campo, lo retiró como a un cuarto de legua de distancia, a la falda de un cerro que teníamos al frente, y dominaba toda la pampa del río. De todos estos antecedentes infirió el General que su objeto era atacarnos a pie firme en el paso de éste con toda su fuerza reunida, y con las superiores ventajas que le daban su situación y numerosa artillería; lance que no hubiera dejado de ser para nosotros bastante arriesgado y peligroso, por la grande dificultad que ofrecía en su tránsito el mismo caudal e impetuosa corriente del río; y mu-

cho más debiendo pasar el ejército sucesivamente, y en pequeños trozos por el corto número de balsas.

Reflexionado todo esto por el General, y comunicado con los jefes, desistió de pasar el río por este punto, y se resolvió a seguir más bien buscando su origen hasta las cabeceras de Umachiri, por donde podía ser vadeable; y en su consecuencia mandó que se deshiciesen las balsas, conduciéndose los útiles, por si volviesen a ser necesarios; y que se continuase la marcha por la orilla del mismo río, dejando éste y los enemigos a nuestra derecha, e inclinándonos hacia Umachiri, aunque con algún rodeo.

Con esta dirección y en buen orden nos pusimos en movimiento el 9 siguiente, y después de 5 leguas, acampamos en una pampa desde la que se divisa el pueblo de Ayaviri; llevando siempre el río a la derecha, y los enemigos a la vista.

El 10 fue mucho más penosa la marcha por los frecuentes pantanos y atolladeros; como que íbamos fuera del camino real, habiendo soldados que se metían en el lodo hasta la cintura, siendo digno en verdad de igual admiración que elogio el que en medio de tanto trabajo, y rodeados por todas partes de enemigos, ninguno se quejase, ni diese la menor muestra de descontento ni inquietud, y que todos fuesen tranquilos y satisfechos, con la serenidad y presencia de ánimo de su general; persuadidos que nada podía sucederles adverso, siendo guiados por su valor y experiencia. Así marchamos 4 leguas, y acampamos en la estancia de Tacañaqui.

Los insurgentes estuvieron todo el día en un continuo movimiento, y recibiendo repetidos refuerzos por el camino de Santa Rosa; antes de la oración formaron tres campamentos a nuestra vista: uno al frente al mando de Pumacahua; otro al de Vicente Angulo en la Rinconada de Chuquibamba; y el tercero al de Béjar cerca del pueblo de Ayaviri.

A las dos de la mañana vimos un tiro de cañón del campamento de Angulo que sin duda le levantó a esa hora; hicímoslo nosotros como a las 6; y habiendo andado como tres leguas recostándonos siempre sobre Umachiri, descubrimos sus altos, y divisamos en ellos varios grupos de caballería, y un grueso mayor en el último y más inmediato al pueblo.

Reforzó el General la guerrilla con los dragones de Tinta para que los desalojasen; y se verificó con un corto tiroteo, retirándose los enemigos a la banda opuesta del río Umachiri; allí volvió a empeñarse con nuestra guerrilla; y habiéndoseles reunido otras parti-

das considerables, se destacó por nosotros una compañía de fusileros; con lo que dejaron libre el campo, y pudo el ejército pasar el río sin peligro, aunque con alguna detención, por llevar bastante agua, y tener un fondo cenagoso.

Luego que lo verificamos, y doblamos otra gran loma que teníamos al frente, descubrimos el caudaloso río de Cupi, y en la banda opuesta la innumerable multitud de los rebeldes, que calculando como prácticos, que íbamos a recalar allí, se habían adelantado; y quisieron hacer alarde, y sorprendernos con todas sus fuerzas reunidas.

Estaban situados en una gran llanura en la orilla del expresado río, apoyados por las serranías inmediatas, y formando una línea dilatadísima, en que según las declaraciones de los prisioneros, y singularmente de su auditor de guerra, tendrían sobre 30,000 hombres; entre ellos 800 de fusil y los demás de a pie y de a caballo con hondas, macanas, lanzas y algunas pistolas y sables.

A su frente habían colocado sobre 40 piezas de diversos calibres, y no les faltaban muy buenos artilleros que las sirviesen, de los mismos desertores que habían sido disciplinados desde el principio de la guerra en nuestro ejército del Perú; circunstancia que concurría también en su infantería de fusil, componiéndose toda ella de oficiales y soldados de esta clase, y de los muchos licenciados y dispersos que abrigaban las provincias del Cuzco y Puno, y se habían declarado por la revolución.

Tan extraordinaria muchedumbre y aparato, comparado con nuestro pequeño ejército, que no llegaba a 1,300 plazas con 6 piezas de campaña, era para imponer algo más que respeto a la tropa; y especialmente, considerando la desigualdad del combate por todas sus circunstancias. Si los nuestros tenían en él un azar, no les quedaba apoyo alguno, ni esperanza de socorro, ni punto a donde retirarse, ni en una palabra, más palmo seguro de terreno que el que pisaban; por el contrario los rebeldes, aun cuando sufriesen alguna desgracia, tenían otros recursos, y podían contar con la adhesión y voluntad de los pueblos, a lo menos para salvarse.

El General hizo estas mismas reflexiones a la tropa, para excitar más su denuedo, y penetrarla de la importancia de la acción, y de la necesidad de hacer el último esfuerzo; y era tal el amor que ella profesaba a su general, y tan grande la confianza que éste había sabido inspirar a sus soldados, que no hubo quien no clamase por ir cuanto antes al enemigo; y muchos que con otro jefe apenas

se hubieran atrevido a darle la cara, hicieron en este día a sus órdenes prodigios de valor, y excedieron a los más acreditados.

Teniendo el General en consideración la fatiga del ejército, y la profundidad e impetuosa corriente del río que nos separaba de los enemigos pensó acampar aquella noche a la falda de un cerro inmediato; y reconociendo en el resto del día los mejores vados, emprender el ataque en la madrugada siguiente.

En este concepto se sentó el campo al pie del indicado cerro; colocándose la artillería para protegerle, y jugarla en circunferencia en su meseta o explanada: se despachó al teniente coronel Iturralde, para que con la guerrilla ocupase unas rancherías situadas a nuestra izquierda, y se avanzaron dos piezas sobre la orilla del mismo río.

Apenas se habían tomado estas disposiciones cuando el enemigo comenzó a molestarnos con su fuego de artillería tan obstinadamente, que ya no podíamos contar con un lugar seguro. Las nuevas piezas fundidas en el Cuzco con el nombre de viborones tenían un alcance mucho mayor que las nuestras. Su línea se iba engrosando por momentos; y se había aproximado tanto, que se dejaban percibir sus voces, y sus insultos y desafíos; al paso que su numerosa caballería, dividida en diversos trozos, amagaba dejarse caer sobre nuestro pequeño campamento por todas partes; y reunida con un cuerpo de infantería de su derecha, había ya atravesado el río, y cargado a nuestra guerrilla, que se sostenía con firmeza contra un número muy superior, y un cañón que también la batía de cerca; por lo que fue preciso reforzarla con una compañía más.

Al mismo tiempo que ésta salía para reunirse, se puso en movimiento para atacarnos por la derecha otro trozo mucho mayor, contra el cual se despachó inmediatamente la primera compañía de granaderos del primer regimiento a las órdenes de su capitán el teniente coronel don Manuel Venero la cual le contuvo por aquel punto, y obró hasta el fin de la acción con igual valor que suceso.

Viendo el General empeñado el ataque sin recurso, y considerando que los enemigos podían envolvernos con su misma multitud, si se les daba más tiempo; se resolvió a romper de una vez con toda nuestra fuerza reunida contra su centro, pasando el río a todo trance.

Con este fin se reforzó de nuevo la guerrilla de la izquierda, en donde habían cargado mucho los enemigos; y sin hacer caso de la artillería que era imposible transportar por el río; dejando una escolta en el campamento, mandó tocar al tambor el redoble de

atención, y exhortando brevemente a la tropa, encargándola procurase preservar del agua a los fusiles y cartucheras, a la voz de *viva el Rey*, formó en columna sobre su derecha, y poniéndose a la cabeza se dirigió intrépidamente sobre el río, abriéndose paso por medio de su impetuosa corriente y del continuado fuego de los enemigos.

Siguió la columna con igual denuedo los pasos de su general, y desnudándose apresuradamente en la orilla, con el agua hasta el pecho, los fusiles y cartucheras sobre los hombros, despreciando las balas de los rebeldes, y sin oír los últimos lamentos de los infelices que perecían ahogados, creciendo con los mismos obstáculos y riesgo su valor, se trasladó a la banda opuesta, y comenzó a desfilar con tanta serenidad, como rapidez para formarse en batalla y marchar al enemigo, que ya venía sobre nosotros.

Hecho arrojado y extraordinario que pasó a nuestra vista, y que decidiendo de la acción y del destino del Perú, eternizará la memoria del General Ramírez y de sus valientes soldados.

Seguimos aproximándonos sufriendo su fuego hasta una distancia proporcionada, y desplegamos sobre ellos de repente con uno tan violento, y con paso tan firme y denodado, que apenas pudo sostenerse un cuarto de hora, y volviendo vergonzosamente la espalda, llevaron el terror y la confusión a las líneas inmediatas.

Desde este momento todo fue desorden entre los enemigos: perdieron la mayor parte de su artillería; eran batidos en todos los puntos; y ellos mismos no se entendían, siendo ya su multitud más bien embarazosa que temible.

Mandó el General a su edecán el teniente coronel don Manuel Ponferrada que con la poca caballería y algunos oficiales bien montados persiguiese su alcance; y quedando cortados grupos enteros, eran pasados por la punta de las bayonetas de nuestra línea, que seguía con celeridad.

Sin embargo, habiéndose llegado a reunir en las alturas inmediatas un número considerable con algunas piezas y fusiles, comenzaron a renovar el fuego, e indicaban quererse defender.

El General entonces hizo un pequeño alto, y avivando de nuevo el ardor de la tropa, la animó a concluir, y completar su gloriosa victoria. Avanzó ésta con un fuego a discreción, y a la bayoneta, y posesionándose de las cumbres, quedó enteramente derrotado y disperso el enemigo, corriendo igual suerte los que habían atacado nuestra izquierda.

Entre tanto que esto pasaba en el campo de batalla, habían los rebeldes intentado sorprender nuestro campamento con un grueso de caballería, que al efecto tenían emboscado en las serranías de Umachiri; pero la escolta que le custodiaba con la demás gente que allí había, se puso en defensa, y habiendo hecho algunos tiros acertados con dos piezas que colocaron en lo más alto, lograron rechazarlos, y aun se atrevieron a perseguirlos.

Sobre mil cadáveres tendidos en el campo, 37 piezas de artillería, considerable número de fusiles, y mucho mayor aún de las otras armas, con todos sus pertrechos, campamento y una porción de prisioneros, fueron el resultado de esta importantísima acción, en la que quedó humillada para mucho tiempo, si no para siempre, la altivez y arrogancia de los insurgentes; abatidas las esperanzas y opinión de sus secuaces; y convencidos los pueblos de que la verdadera fuerza de un estado consiste más bien en el talento y valor de un general, y en la subordinación y disciplina de la tropa, que en la alborotada y fogosa multitud, tan temible cuando se la teme, como despreciable cuando se la desprecia.

Tuvimos solamente siete muertos y seis ahogados en el paso del río, con muy pocos heridos; circunstancia por cierto no menos admirable que las demás que concurrieron en esta feliz jornada, y que podría comprometer la verdad, si no hubiese pasado a vista de tantos, y si la historia no nos ofreciese infinitos ejemplares, en que un pequeño número de valientes, mandados por un capitán experimentado y sereno, ha triunfado de una multitud muy superior, haciendo en ella estragos indecibles, sin recibir casi una herida.

La victoria que Fabio Máximo consiguió sobre los alóbrogues fue tan completa que con sólo la pérdida de 15 hombres quedaron tendidos ciento veinte mil franceses, y otros ochenta mil hechos prisioneros, o sumergidos en el Ródano; y Lúculo, con sólo cinco muertos y cien heridos, destruyó todo el ejército de Tigranes, y pasó por la punta de la espada casi toda su caballería. Mariana asegura, conforme a todas las crónicas, que en la batalla que dieron los tres reyes de Castilla, Aragón y Navarra a los moros, quedaron sobre 200,000 de éstos mordiendo el polvo, y sólo 25 cristianos muertos; y no acabaríamos jamás, si hubiésemos de referir todos los hechos de igual clase en comprobación de uno que no necesita más prueba que su reciente notoriedad.

Creyó el General que debían ser tratados con todo el rigor de la justicia algunos de los prisioneros que se habían hecho, y que

sobresalían entre los demás por su obstinada decisión y otras calidades; entre éstos eran los principales el cacique de Umachiri con algunos secuaces suyos, el auditor de guerra Melgar, y un coronel y teniente coronel, que siendo oficiales del Rey, mandaban las columnas rebeldes; y habiéndoseles dado un breve término para disponerse, fueron inmediatamente pasados por las armas.

Con el objeto de asegurar las que se habían tomado a los enemigos, como todos los demás útiles y efectos de guerra que habían abandonado, y por ser ya también bien entrada la noche, resolvió el General pasarla en el mismo campo, con no pequeña incomodidad de la tropa que se hallaba casi desnuda.

El día siguiente se reconocieron todas aquellas inmediaciones; y separando lo que podía ser de servicio, se quemó e inutilizó todo lo demás, dejando a disposición de nuestros soldados cuanto no pertenecía al parque.

En seguida y sin perder momento dirigió el General la noticia y parte de la acción al señor General en Jefe, y al Excelentísimo señor Virrey del reino; y dio también aviso de ella a los gobiernos de las provincias de Puno, Arequipa y La Paz; seguro de que nada podía contribuir tanto a mantenerlas en la quietud en que se hallaban, como este golpe decisivo, y manifiesto desengaño de la impotencia de los caudillos insurgentes, tan cobardes e infames en la acción, como atroces sanguinarios en la maldad.

Por general que fuese la tendencia e inclinación de los pueblos hacia su sistema, es preciso confesar que el exceso de las inauditas que estos hombres inmorales cometieron desde sus primeros pasos, había arredrado a no pocos individuos, y convencido a los más, que la revolución y la guerra se dirigían contra todos los que tienen que perder; no habiendo ninguno, por corrompido que tenga el corazón, que no palpe la necesidad de sostener el gobierno legítimo, y con él su existencia y sus propiedades.

Verdad eterna y acreditada en la triste y amarga experiencia de seis años, y que hará siempre estériles e infructuosos en el Perú todos los esfuerzos y planes de los revoltosos, incompatibles con situación, e irrealizables entre la diversidad de castas que le habita y entre los opuestos intereses que animan a cada una de ellas; siendo evidente, por más que no quiera conocerse ni confesarse, que por algún tiempo prevaleciese la multitud rompiendo enteramente el freno que la contiene, y perdiéndose el equilibrio; la primera clase y la más distinguida y arraigada, tanto en la sierra como en la cos-

ta, recibirá necesariamente la ley de las demás que hoy la sirven y contribuyen a su esplendor; y sucumbiendo y degradándose más y más de día en día, vendría al fin a ser en un corto período, primero el juguete, y después el ludibrio y la víctima de las mismas a quienes ha dominado hasta aquí; y a las que tan necia como inconsiderablemente no han temido alarmar los alucinados o frenéticos partidarios de la revolución.

El 13 continuamos nuestra marcha con dirección a la capital del Cuzco, y sin ocurrir novedad llegamos el 14 a la inmediación de la cordillera, en donde acampamos, y recibió el General un expreso con la noticia de haber sido descubierto y aprehendido en su fuga por los de Sicuani el rebelde y desnaturalizado Pumacahua, habiéndoseles escapado de las manos su compañero Angulo.

En su vista despachó el General la guerrilla y Dragones de Tinta, para que se encargasen de su persona, y le condujesen con toda seguridad, haciendo a su comandante las prevenciones necesarias. A las 6 de la mañana del siguiente 15 avisó éste hallarse como a una legua de distancia con el reo, a quien recibió el General con la humanidad propia de su carácter, encargando a la tropa igual consideración interín se le sustanciaba su causa, y era juzgado conforme a las leyes.

Doblamos este día la gran cordillera de Santa Rosa, con una bien fuerte nevada, e hicimos alto en su faldío en los ranchos de Agua Caliente. Seguimos el 16, y llegando al pueblo de Maranganí distante 4 leguas, presentaron los vecinos a un mestizo y algunos indios, que procedentes de la derrota, habían entrado en él, de orden de Angulo, con el objeto de extraer dos cargas de pertrechos, y algunos fusiles y lanzas que tenía allí: el primero fue pasado por las armas, y castigados con menos severidad los segundos; recogidos aquellos efectos, continuamos hasta Sicuani, capital del partido de Tinta, padeciendo algo la tropa en el vado del río, que venía sumamente crecido y precipitado.

Ya indicamos que Pumacahua había desde el Collao regresado a este partido para contener la contrarrevolución intentada por el teniente coronel Ruiz Caro. Habiendo en efecto ahuyentado a éste, y escapado los demás que le seguían, se cebó su genio feroz y sanguinario con los infelices vecinos de este pueblo, y cometió en él mil muertes y todo género de maldades.

De aquí es que resentidos sus habitantes, no quisieron malograr la ocasión de asegurarle después de su derrota: y apenas se

presentó el General en el pueblo, cuando a una voz pidieron justicia contra aquel monstruo. Sustanciósele sumariamente el proceso, y se le decapitó el 17 en la plaza pública, pasando su cabeza al Cuzco, y su brazo derecho a Arequipa. Así acabó el desconocido Pumacahua, indio humilde de origen, y exaltado por el Rey hasta el grado de Brigadier; el primero entre los caudillos de la revolución del Cuzco, y el único que por su antigua consideración y ascendiente entre los de su casta, había dado más que temer y recelar.

Desde este pueblo despachó también el General a todos los demás de los altos y quebrada de Tinta y Quispicanchi sus proclamas, excitando a sus habitantes a restablecer el orden, y continuar con sosiego en sus hogares; seguros de que las armas del Rey sólo se dirigían contra los rebeldes y obstinados que habían alterado la pública tranquilidad. Seguimos marchando el 18, 19 y 20, y entramos el 21 en Quiquijana, saliendo la mayor parte de los naturales a recibir el ejército del Rey, y ofrecerse en su servicio, ponderando las extorsiones y violencias que habían sufrido de los insurgentes; y advirtiéndose en los más la sinceridad y buena fe de sus ofrecimientos.

Aquí recibió el General varias cartas fidedignas que aseguraban el admirable efecto que sus insinuaciones, y más que todo la completa derrota de Umachiri habían producido generalmente en los ánimos. Casi todos los pueblos se habían declarado por nosotros, y entre ellos el mismo Cuzco había levantado la voz del Rey en la noche del 19; y los caudillos y sus secuaces eran perseguidos en todas partes.

En vista de tan buenas noticias, que confirmaron algunos sujetos que se adelantaron a felicitar al General, se resolvió a continuar directamente hasta la capital, en la que entramos el 25 entre muchos arcos triunfales, precedidos de las corporaciones, y rodeados de un numeroso pueblo.

No es fácil bosquejar el cuadro que presentaba el Cuzco en este señalado día. En medio de las insignificantes exterioridades, y bullicioso aparato de la inconstante y ligera multitud, se dejaba percibir bien claro en los semblantes el contraste interior que agitaba los ánimos. Luchaban todavía algunos con el despecho, sin poder avenirse a recibir un desengaño que tocaban ya con las manos, y daba en tierra con todas sus esperanzas; temían los unos haber reconocido tarde el precipicio a que los arrastrara su necia y criminal adhesión a las quiméricas ideas de una figurada independencia; rece-laban otros no haberlas resistido con la firmeza y decisión que de-

bían; y finalmente, al restituirse las cosas a su ser y orden primitivo, dudaban todos hasta qué grado deberían responder en la presencia de la ley y del General por su conducta anterior.

Manifestó desde luego nuestro digno jefe, que si no podía menos de perseguir y escarmentar ejemplarmente a los caudillos y cabezas principales de esta infame insurrección, purgando la tierra de los detestables monstruos, y autores de tantos crímenes y atrocidades como la habían acompañado; estaba también inclinado y resuelto, así por un impulso de su sensible corazón, como por el perfecto conocimiento de los generosos y paternales sentimientos del excelentísimo señor Abascal, a relajar en obsequio de la humanidad la justa severidad de nuestras leyes.

Conforme a estos principios fueron sucesivamente aprehendidos y pasados por las armas los corifeos y secuaces más obstinados de la rebelión; y expiaron otros paniaguados y aparceros suyos con el destierro y algunas multas, cohonestadas con el título de erogaciones voluntarias, una comportación y complicidad que con otro jefe tal vez no les hubiera costado menos que la cabeza.

Entre los primeros merecen señalarse nominalmente los tres hermanos José, Vicente y Mariano Angulo; Gabriel Béjar, Pedro Tudela, Mateo González, y el escribano José Agustín Becerra; aquellos caudillos y generales muy conocidos en la revolución; y éste uno de los más empeñados conspiradores.

En el furor de su frenesí y loca confianza habían los insurgentes pasado impíamente por las armas al esclarecido mariscal de campo don Francisco Picoaga, y el valiente teniente coronel don José Gabriel Moscoso, gobernador intendente de la provincia de Arequipa; ambos prisioneros, como ya dijimos, en la acción del 10 de noviembre en Cangallo; y los dos de los más distinguidos y más fieles servidores que el Rey ha tenido en esta América.

Quiso el General honrar las respetables cenizas de estos dos héroes, e ilustres mártires de la lealtad y el honor, y con este objeto dispuso que exhumándose sus cadáveres, se trasladasen al templo de San Francisco con toda la ceremonia y pompa fúnebre marcial que las circunstancias permitían; lo que se ejecutó en medio de un grande concurso en la mañana del 8 de abril.

El 13 del mismo se instaló nuevamente con la mayor solemnidad, y quedó restituido a su antiguo esplendor el tribunal de la Real Audiencia, y fue colocado a su cabeza, como presidente, el coronel de ejército y comandante del primer regimiento don Ramón

González Bernedo; y del mismo modo se fue arreglando la administración pública de aquella capital y toda su provincia en todos sus ramos.

Urgía nuestro pronto regreso al ejército, y reunión con el Cuartel General; pero era preciso dejar en el Cuzco una guarnición capaz de conservar el orden restablecido. El coronel don Vicente González, comandante de la expedición de Huamanga, y destinado a este objeto, se hallaba todavía embarazado con las muchas partidas de rebeldes que huyendo de nosotros habían ido a recalar por aquel punto.

En vista de todo, y para facilitar más su marcha, se destacó un cuerpo regular que limpiase el camino, y persiguiese a los insurgentes; pero convencidos éstos enteramente de su debilidad e impotencia, y estrechados fuertemente por las tropas de Huamanga, trataron de salvarse parcialmente, y uno de ellos sorprendió al principal caudillo Mendoza, y cortándole la cabeza se apoderó de toda su fuerza, y la rindió a disposición del mismo coronel González.

Al mismo tiempo dispuso el General, que el coronel don Francisco de Paula González con alguna fuerza partiese para la provincia de Puno, y dirigiese su marcha por los altos de Tinta, con el doble objeto de tranquilizar y consolidar el orden en estos pueblos, y extraer algunos reclutas; y para establecer en Puno un cuerpo que pudiese dar vado a todas estas atenciones se comunicó orden al brigadier Tristán, Gobernador de la provincia de Arequipa para que le auxiliase con 100 hombres de fusil, y destinase al mismo punto los voluntarios de Chuquibamba, que se habían ofrecido a hacer este servicio para expiar su antecedente irregular comportamiento, y que llenaron después completamente su deber.

En este estado, y habiendo llegado al Cuzco el coronel don Vicente González con la fuerza destinada a su guarnición, se resolvió nuestra partida; pero el regimiento número 1 compuesto todo de naturales del Cuzco, que había llegado a concebir esperanzas de quedarse en su país con aquel destino, decayó notablemente del ardor y constancia que hasta aquí le habían distinguido, y tuvo una baja muy considerable, a pesar de los medios sagaces con que procuró el General animarle a continuar el servicio, y de que con anticipación le había hecho satisfacer la mayor parte de sus atrasadísimos alcances.

Tratóse de llenar este hueco con nuevos reemplazos, y de acelerar nuestra marcha; en su consecuencia salimos el 9 de junio, y

sin detenernos en Puno y La Paz más que los cortos momentos precisos para extraer el numerario que en virtud de órdenes anticipadas se estaba colectando para auxilio del ejército, llegamos al cuartel general el 25 de julio, conduciendo 150 mil pesos efectivos, trescientas y más plazas de las que sacamos en Oruro, y una porción de artículos tan necesarios para su habilitación, como escasos en él; siendo todo efecto de las acertadas y políticas medidas del General, que ha sabido sacar todos estos recursos de las mismas provincias sublevadas, y después de haber saqueado todos sus fondos públicos los insurgentes, a cuya costa principalmente se ha hecho la guerra y concluido la expedición.

El excelentísimo señor don Joaquín de la Pezuela recibió al señor Ramírez, y a las valientes tropas de su mando con todas las demostraciones y positivas señales del verdadero aprecio y consideración a que se habían hecho tan acreedoras en su feliz y gloriosa campaña.

Mucho queda que esperar de esta oportuna reunión; y si en medio de tantos apuros, de tantas estrecheces y de tantos conflictos, ha prevalecido la causa del Rey al furor y a la anarquía revolucionaria; no es difícil calcular cuál será el decisivo resultado de esta hasta aquí tan desigual lucha, cuando a nuestras cortas fuerzas se reúnan las aguerridas y numerosas huestes que a esta fecha surcan sin duda los mares en nuestro auxilio.

Por fortuna el honor y el verdadero interés están en razón compuesta para todos los buenos españoles americanos y europeos, y ellos les dictan el partido que deben tomar, y la huella que constantemente deben seguir. Quiera Dios que todos penetrados de esta verdad, y convencidos de tan manifiestos desengaños, cooperen uniformemente al bien general; y que por un esfuerzo común veamos cuanto antes restablecida en este fértil y espacioso suelo la paz y la abundancia que perdimos y que tantos años hace lloramos.—
J[uan]. J[osé]. A[lcón].